



Ruina
y
Ascenso

LEIGH BARDUGO
PRIMER CAPÍTULO

ANTES

El nombre del monstruo era Izumrud, el gran gusano, y había quienes aseguraban que él había excavado los túneles que se extendían bajo Ravka. Enfermo de hambre, engullía cieno y gravilla, excavando más y más profundo en la tierra, buscando algo para satisfacer su hambre, hasta que fue demasiado lejos y se perdió en la oscuridad.

Tan solo era una historia, pero en la Catedral Blanca la gente tenía cuidado de no alejarse demasiado de los pasadizos que se enroscaban alrededor de las cavernas principales. Unos extraños sonidos reverberaban por el oscuro laberinto de túneles, gruñidos y ruidos inexplicables; y los fríos momentos de silencio quedaban rotos por unos siseos sordos que podían no ser nada o podían ser los

sinuosos movimientos de un cuerpo alargado que se acercaba serpenteando por algún pasadizo cercano en busca de presas. En esos momentos, era fácil creer que Izumrud seguía viviendo en algún lugar, esperando a que lo despertara la llamada de los héroes, soñando con el banquete que se daría si algún niño desafortunado caminara hasta su boca. Una bestia de esas características descansa, no muere.

El chico le contó esa historia a la chica, y también otras, todas las nuevas historias que pudo reunir durante los primeros días, cuando le permitían acercarse a ella. Se sentaba junto a su cama, tratando de conseguir que comiera, escuchando el silbido doloroso de sus pulmones, y le contaba la historia de un río domesticado por un poderoso Agitamareas y entrenado para sumergirse entre las capas de roca, en busca de una moneda mágica. Le hablaba en susurros del pobre Pelyekin, que estaba maldito, condenado a trabajar durante un millar de años con su pico mágico, dejando cavernas y pasadizos a su paso, una criatura solitaria en busca de nada salvo distracción, acumulando oro y joyas que no tenía intención de gastar jamás.

Entonces, una mañana, el chico llegó y se encontró con que en el camino hasta la habitación de la chica había unos hombres armados que le impedían el paso y, cuando se negó a marcharse, se lo llevaron a rastras de la puerta,

encadenado. El sacerdote advirtió al chico de que la fe le traería paz y la obediencia le permitiría seguir respirando.

Atrapada en su celda, sola a excepción del goteo del agua y el lento latido de su corazón, la chica sabía que las historias de Izumrud eran ciertas. A ella misma se la habían tragado entera, la habían devorado, y en las retumbantes tripas de alabastro de la Catedral Blanca, tan solo quedaba la Santa.

La Santa despertaba cada mañana con el sonido de su nombre entonado en forma de cánticos, y cada día su ejército crecía; sus filas aumentaban con los hambrientos y los desesperados, con soldados heridos y niños que apenas eran lo bastante grandes como para llevar rifles. El sacerdote les contó a los fieles que ella sería Reina un día, y ellos lo creyeron, aunque les sorprendía su maltrecha y misteriosa Corte: la Vendaval de cabello azabache, con su afilada lengua, la Destrozada con su chal de oración negro y sus horribles cicatrices, el pálido estudioso que permanecía alejado con sus libros y sus extraños instrumentos. Esos eran los tristes vestigios del Segundo Ejército; una compañía impropia para una Santa.

Pocos sabían que estaba acabada. El poder que la había bendecido, divino o no, había desaparecido. O, al menos, se encontraba fuera de su alcance. Mantenían a sus

seguidores alejados, de modo que no pudieran ver que sus ojos eran agujeros oscuros, que el aliento le salía en jadeos asustados. Caminaba con lentitud, indecisa, y los huesos de su cuerpo eran frágiles como la madera a la deriva; una chica enfermiza sobre la que descansaban las esperanzas de todos.

En la superficie, un nuevo Rey gobernaba con su ejército de sombras, y exigía que su Invocadora del Sol regresara. Ofreció amenazas y recompensas, pero la respuesta que recibió llegó bajo la forma de un desafío, por parte de un forajido a quien la gente había apodado el Príncipe del Aire. Atacaba en la frontera norteña, bombardeaba las cadenas de abastecimiento, y obligaba al Rey de las Sombras a reanudar el comercio y viajar a través de la Sombra sin nada para mantener a raya a los monstruos, salvo la suerte y el fuego de los Inferni. Algunos decían que aquel contrincante era un príncipe Lantsov, y otros decían que se trataba de un rebelde fjerdano que se negaba a luchar al lado de los hechiceros, aunque todos creían que él debía de tener alguna clase de poder.

La Santa agitaba los barrotes de su jaula subterránea. Aquella era su guerra, y exigía libertad para luchar en ella, pero el sacerdote se negaba.

Sin embargo, el hombre había olvidado que antes de convertirse en Grisha y en Santa, había sido un fantasma de Keramzin. Ella y el chico habían acumulado secretos,

al igual que Pelyekin había acumulado tesoros. Sabían cómo ser ladrones y fantasmas, cómo ocultar su fortaleza y enmascarar sus travesuras. Al igual que los profesores en la propiedad del Duque, el sacerdote pensaba que conocía a la chica y aquello de lo que era capaz.

Se equivocaba.

No entendía su idioma oculto, no comprendía la determinación del chico. No vio el momento en que la chica dejó de llevar su debilidad como una carga y comenzó a llevarla como un disfraz.



CAPÍTULO
1

Permanecí de pie con los brazos extendidos en un balcón tallado en piedra, temblando en el interior de mi túnica barata, y traté de montar un buen espectáculo. Mi *kefta* estaba hecha de retales, cosida a partir de los restos de la prenda que había llevado la noche que huimos del palacio y unas llamativas cortinas que, según me habían dicho, provenían de un teatro difunto de algún lugar cerca de Sala. Estaba adornada con los abalorios de las lámparas de araña del recibidor, y el bordado de las muñecas ya estaba comenzando a deshilacharse. David y Genya habían hecho lo que habían podido, pero los recursos eran limitados bajo tierra.

De lejos, daba el pego; era oro que centelleaba bajo la luz que parecía emanar de mis palmas, bañando con un

brillante resplandor las caras extáticas de mis seguidores, que se encontraban muy abajo. De cerca, no había más que hilos descosidos y brillo falso. Como yo. La Santa harapienta.

La voz del Apparat retumbaba por la Catedral Blanca, y la multitud se balanceaba con los ojos cerrados y las manos en alto. Un campo de amapolas con los brazos como pálidos tallos agitados por algún viento que yo no era capaz de sentir. Realicé una serie de gestos coreografiados, moviéndome deliberadamente para que David y el Inferni que lo estuviera ayudando aquella mañana pudieran seguir mis movimientos desde su posición en la cámara oculta justo encima del balcón. Detestaba las plegarias matinales pero, según el sacerdote, aquellas exhibiciones falsas eran necesarias.

—Es un regalo que entregáis a vuestra gente, Sankta Alina —decía—. Es la esperanza.

En realidad, se trataba de una ilusión, una pálida imitación de la luz que yo había controlado tiempo atrás. El dorado resplandor era en realidad fuego Inferni, reflejado en un espejo con forma de plato que David había fabricado a partir del cristal que había conseguido reunir. Se parecía a los platos que habíamos utilizado en nuestro intento fallido de mantener a raya a las hordas del Oscuro durante la batalla en Os Alta. Nos habían tomado por sorpresa, y mi poder, nuestros planes, el ingenio de David

y los recursos de Nikolai no habían sido suficientes para detener la masacre. Desde entonces, no había sido capaz de invocar ni un destello. Pero la mayor parte del rebaño del Apparat no había visto nunca lo que su Santa podía hacer en realidad, y por el momento aquel engaño era suficiente.

El Apparat terminó su sermón, y aquella era la señal para acabar. El Inferni hizo que la luz resplandeciera a mi alrededor. Parpadeó y vaciló de forma errática, y finalmente se desvaneció mientras yo dejaba caer los brazos. Bueno, pues ya sabía quién se encontraba a cargo del fuego con David. Miré la parte superior de la cueva con el ceño fruncido. *Harshaw*. Siempre se dejaba llevar. Tres Inferni habían conseguido salir con vida de la batalla en el Pequeño Palacio, pero una de ellos había muerto tan solo unos días después a causa de las heridas. De los dos que quedaban, *Harshaw* era el más poderoso y el más impredecible.

Bajé de la plataforma, deseosa de alejarme de la presencia del Apparat, pero mi pie flaqueó y tropecé. El sacerdote me agarró del brazo para estabilizarme.

—Tened cuidado, Alina Starkov. Sois incauta con vuestra seguridad.

—Gracias —respondí. Quería alejarme de él, del hedor a tierra revuelta e incienso que arrastraba con él a todas partes.

—¿Os encontráis mal hoy?



—Tan solo algo torpe.

Ambos sabíamos que aquello era una mentira. Estaba mucho mejor que cuando llegué a la Catedral Blanca; mis huesos se habían soldado y ya era capaz de comer sin vomitar, pero seguía sintiéndome frágil, y mi cuerpo estaba plagado de dolores y una fatiga constante.

—En ese caso, tal vez debáis tomaros un día de descanso.

Apreté los dientes. Otro día encerrada en mi cámara. Me tragué mi frustración y sonreí débilmente. Sabía lo que él quería ver.

—Tengo mucho frío —dije—. Me vendría bien pasar algún tiempo en el Hervidor.

Para ser sincera, no estaba mintiendo. Las cocinas eran el único lugar de la Catedral Blanca donde la humedad permanecía a raya. A esa hora, al menos uno de los fuegos del desayuno seguiría encendido. La gran caverna redonda estaría llena del aroma del pan horneándose y la crema dulce que los cocineros hacían con las reservas de guisantes secos y leche en polvo proporcionadas por los aliados de la superficie y almacenadas por los peregrinos.

Me estremecí a propósito para enfatizar mi petición, pero la única respuesta del sacerdote fue un evasivo «hum».

Un movimiento en la parte inferior de la caverna me llamó la atención: peregrinos recién llegados. No

pude evitar mirarlos con ojo estratégico. Algunos llevaban uniformes que los señalaban como desertores del Primer Ejército. Todos eran jóvenes y corpulentos.

—¿No hay ningún veterano? —pregunté—. ¿Ni viudas?

—El viaje bajo tierra es difícil —respondió el Apparat—. Muchos son demasiado ancianos o débiles como para moverse, y prefieren quedarse en la comodidad de sus hogares.

Aquello era improbable. Los peregrinos acudían con muletas y bastones, sin importar lo viejos que fueran o lo enfermos que estuvieran. Hasta los moribundos acudían a ver a la Santa del Sol en sus últimos días. Miré por encima del hombro, recelosa. Podía vislumbrar a los guardias del sacerdote, barbudos y bien armados, haciendo de centinelas en el arco de entrada. Eran monjes, sacerdotes eruditos como el Apparat, y bajo tierra eran las únicas personas que tenían permitido llevar armas. En la superficie ejercían de guardias en las entradas, buscando a los espías y a los infieles, y ofreciendo cobijo a aquellos que consideraban dignos. Últimamente, el número de peregrinos se había reducido, y los que se unían a nuestras filas parecían más personas sanas y robustas que devotos. El Apparat quería soldados potenciales, no solo bocas que alimentar.

—Yo podría desplazarme para ver a los enfermos y a los ancianos —sugerí. Sabía que mi argumento era

débil, pero lo intenté de todos modos. Casi era lo que se esperaba de mí—. Una Santa debería caminar entre su gente, no esconderse como una rata en una madriguera.

El Apparat sonrió, con esa sonrisa santurrona e indulgente que los peregrinos adoraban y a mí me daba ganas de gritar.

—En épocas difíciles muchos animales se ocultan bajo tierra. Así es como sobreviven —dijo—. Después de que los insensatos libren sus batallas, son las ratas las que dominan los campos y las ciudades.

Y se alimentan de los muertos, pensé con un estremecimiento. Como si pudiera leer mis pensamientos, él puso una mano sobre mi hombro. Sus dedos eran largos y blancos, y se extendían por mi brazo como una araña de cera. Si tenía intención de que el gesto me reconfortara, había fracasado.

—Paciencia, Alina Starkov. Ascenderemos en el momento apropiado, y no antes.

Paciencia. Esa era siempre su prescripción. Resistí la necesidad de tocarme la muñeca desnuda, el lugar vacío donde debían residir los huesos del pájaro de fuego. Había reclamado las escamas del azote marino y las astas del ciervo, pero todavía faltaba la última pieza del puzle de Morozova. Tal vez ya tendríamos el tercer amplificador para entonces si el Apparat hubiera dado su apoyo a los cazadores, o si simplemente nos hubiera dejado volver a la superficie. Pero aquel permiso conllevaba un coste.

—Tengo frío —repetí, escondiendo mi irritación—. Quiero ir al Hervidor.

Él frunció el ceño.

—No me gusta que vayáis ahí a juntaros con esa chica...

Detrás de nosotros, los guardias murmuraron con nerviosismo, y una palabra me llegó flotando por el aire. *Razrusha'ya*. Aparté la mano del Apparat para dirigirme hacia el pasillo, y los guardias del sacerdote se pusieron firmes. Como todos sus hermanos, estaban vestidos de marrón y llevaban el símbolo del sol, el mismo que había en la túnica del Apparat. Mi símbolo. Pero jamás me miraban directamente, y nunca me hablaban a mí ni a los otros refugiados Grisha. En lugar de eso, permanecían en silencio en los extremos de las habitaciones y me seguían a todas partes como espectros barbudos armados con rifles.

—Ese nombre está prohibido —dije. Ellos siguieron mirando fijamente hacia delante, como si fuera invisible—. Se llama Genya Safin, y yo seguiría siendo la prisionera del Oscuro de no ser por ella.

No hubo ninguna reacción, pero vi que se tensaban tan solo por oír su nombre. Unos hombres adultos con armas, asustados de una chica desfigurada. Idiotas supersticiosos.

—Paz, Sankta Alina —dijo el Apparat, y me tomó por el codo para conducirme a través del pasadizo en

dirección a su cámara de audiencias. Había una rosa tallada en la piedra con vetas plateadas del techo, y en las paredes había Santos pintados con sus halos dorados. Tenía que ser obra de algún Hacedor, porque ningún pigmento corriente podría soportar el frío y la humedad de la Catedral Blanca. El sacerdote tomó asiento en una silla baja de madera y me dedicó un gesto para que yo hiciera lo mismo con otra. Traté de esconder mi alivio mientras me sentaba en ella: el simple hecho de estar de pie durante demasiado tiempo me dejaba sin aire.

Él me echó un vistazo, observando mi piel cetrina, las manchas oscuras bajo mis ojos.

—Seguro que *Genya* puede hacer algo más por vos.

Habían pasado más de dos meses desde mi batalla contra el Oscuro, y todavía no me había recuperado por completo. Mis pómulos cortaban mi rostro demacrado como furiosos signos de exclamación, y mi pelo blanco era tan frágil que parecía flotar como si fueran telarañas. Finalmente había logrado convencer al Apparat para que dejara que *Genya* me visitara en las cocinas, con la promesa de que ella emplearía su poder en mí para darme un aspecto más presentable. Era el único contacto real que había tenido con los otros Grisha en varias semanas. Saboreaba cada momento, cada pequeña noticia que me daba.

—Está haciéndolo lo mejor que puede —repliqué.

El sacerdote suspiró.

—Supongo que todos debemos ser pacientes. Os curaréis a su debido tiempo. Gracias a la fe. Gracias a la oración.

Un arrebató de furia me invadió. El hombre sabía perfectamente que lo único que me curaría sería usar mi poder, pero para hacer eso necesitaba regresar a la superficie.

—Si tan solo me dejaras aventurarme a salir al exterior...

—Sois demasiado preciada para nosotros, Sankta Alina, y el riesgo es demasiado grande. —Se encogió de hombros en señal de disculpa—. No os preocupáis por vuestra propia seguridad, así que he de hacerlo yo.

Permanecí en silencio. Ese era el juego al que jugábamos, el que llevábamos jugando desde que me habían llevado hasta allí. El Apparat había hecho mucho por mí. Era la única razón por la que algunos de mis Grisha habían logrado escapar de la batalla contra los monstruos del Oscuro. Nos había proporcionado un refugio seguro bajo tierra, pero cada día que pasaba la Catedral Blanca me parecía más una prisión que un refugio.

Unió los dedos de las manos.

—Han pasado meses y seguís sin confiar en mí.

—Sí confío en ti —mentí—. Por supuesto que confío.

—Y, sin embargo, no me dejáis ayudaros. Con el pájaro de fuego en nuestra posesión, todo esto podría cambiar.

—David está investigando los cuadernos de Morozova. Estoy segura de que la respuesta está ahí.

El Apparat clavó en mí sus ojos planos y oscuros. Sospechaba que yo ya conocía la localización del pájaro de fuego; el tercer amplificador de Morozova y la clave para liberar el único poder que podría derrotar al Oscuro y destruir la Sombra. Y tenía razón. Al menos, yo esperaba que la tuviera. La única pista que teníamos de su localización estaba enterrada entre mis escasos recuerdos de la infancia y la esperanza de que las polvorientas ruinas de Dva Stolba fueran más de lo que parecían. Pero, tuviera razón o no, la posible localización del pájaro de fuego era un secreto que tenía intención de guardar. Me hallaba aislada bajo tierra, prácticamente impotente, y los guardias del sacerdote me espiaban, así que no iba a desprenderme de la única ventaja que tenía.

—Tan solo deseo lo mejor para vos, Alina Starkov. Para vos y para vuestros amigos. Quedan muy pocos, y si algo les sucediera...

—Déjalos en paz —gruñí, olvidándome de ser dulce, de ser amable.

La mirada del Apparat era demasiado entusiasta para mi gusto.

—Tan solo quería decir que los accidentes son frecuentes bajo tierra. Sé que sentiríais profundamente cada pérdida, y estais demasiado débil.

Con la última palabra, sus labios retrocedieron sobre sus encías. Eran negras, como las de un lobo.

Una vez más, la furia me invadió. Desde mi primer día en la Catedral Blanca había habido una pesada amenaza en el aire, sofocándome con la constante presión del miedo. El Apparat jamás dejaba pasar una oportunidad para recordarme mi vulnerabilidad. Casi sin pensar, retorcí los dedos bajo las mangas, y unas sombras treparon por los muros de la cámara.

El Apparat se apartó hacia atrás en su silla y yo lo miré con el ceño fruncido, fingiendo confusión.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Él se aclaró la garganta, y sus ojos fueron rápidamente de derecha a izquierda.

—No... no es nada —tartamudeó.

Dejé que las sombras cayeran. La reacción del Apparat bien valía la oleada de mareo que sentía al utilizar aquel truco, que es lo único que era. Podía hacer que las sombras saltaran y bailaran, pero nada más. Era un triste eco del poder del Oscuro, los restos que quedaron de la confrontación que casi nos había matado a los dos. Lo había descubierto mientras trataba de invocar la luz, y me había esforzado por perfeccionarlo para convertirlo

en algo mayor, algo con lo que pudiera luchar, pero no había tenido éxito. Las sombras parecían un castigo, fantasmas de un poder mayor que solo servían para mofarse de mí, la Santa de la farsa y los espejos.

El Apparat se puso en pie, tratando de recobrar la compostura.

—Iréis a los archivos —declaró con decisión—. Pasar un tiempo de estudio y contemplación silenciosos os ayudará a aclarar la mente.

Reprimí un gruñido. En realidad, aquello era un castigo: tendría que pasar horas infructuosas leyendo detenidamente viejos textos religiosos en busca de información sobre Morozova. Por no mencionar que los archivos eran húmedos, deprimentes y estaban infestados de guardias del sacerdote.

—Os escucharé hasta allí —añadió. Mejor todavía.

—¿Y el Hervidor? —pregunté, tratando de ocultar la desesperación en mi voz.

—Más tarde. *Razru...* Genya puede esperar —dijo mientras lo seguía por el pasadizo—. Sabéis que no tenéis que ocultaros en el Hervidor. Podéis encontraros con ella aquí. En privado.

Eché un vistazo a los guardias, que nos seguían el paso. En privado. Eso era ridículo. Pero la idea de que me mantuviera alejada de las cocinas no lo era. Tal vez ese día la chimenea principal permaneciera abierta durante

más de unos pocos segundos. Era una esperanza exigua, pero era la única esperanza que tenía.

—Prefiero el Hervidor —dije—. Hace calor allí. —Le dirigí mi sonrisa más dócil, dejé que mis labios temblaran ligeramente, y añadí—. Me recuerda a mi hogar.

Eso le encantaba, la imagen de una chica humilde, apiñada junto al fogón, con el dobladillo lleno de ceniza. Otra ilusión, un capítulo más en su libro de Santos.

—Muy bien —dijo finalmente.

Tardamos un buen rato en descender desde el balcón. La Catedral Blanca tomaba su nombre del alabastro de sus muros y la enorme caverna principal donde se hacían los servicios cada mañana y cada tarde. Pero era mucho más que eso: una extensa red de túneles y cuevas, una ciudad subterránea, y yo odiaba cada centímetro. La humedad que se filtraba por los muros, que goteaba de los techos, que se agrupaba sobre mi piel en forma de gotitas. El frío del que no era capaz de deshacerme. Las setas venenosas y las flores nocturnas que brotaban en las grietas y las fisuras. Odiaba cómo llevábamos el paso del tiempo: servicios matinales, oraciones por la tarde, servicios nocturnos, días de los Santos, días de ayuno y días de ayuno parcial. Pero, sobre todo, odiaba la sensación de que en realidad era una pequeña rata, pálida y de ojos rojos, escarbando en los muros de mi laberinto con débiles zarpas rosadas.

El Apparat me condujo por las cavernas al norte de la zona principal, donde entrenaban los Soldat Sol. La gente se apartaba contra la roca o estiraba el brazo para tocar mi manga dorada mientras pasábamos. Íbamos a paso lento, digno... necesario. No podía moverme más deprisa sin quedarme sin aliento. Los feligreses del Apparat sabían que estaba enferma y rezaban por mi salud, pero el hombre tenía miedo de que cundiera el pánico si descubrían lo frágil que era, lo humana que era.

Los Soldat Sol ya habían comenzado a entrenar para cuando llegamos. Eran los guerreros santos del Apparat, soldados del sol que llevaban mi símbolo tatuado en brazos y caras. La mayoría eran desertores del Primer Ejército, aunque otros eran simplemente jóvenes decididos, y estaban incluso dispuestos a morir. Habían ayudado a rescatarme del Primer Palacio, y las pérdidas habían sido brutales. Santos o no, no eran rivales para los *nichevo* ya del Oscuro. Sin embargo, el Oscuro también tenía soldados humanos y Grisha a su servicio, así que los Soldat Sol seguían entrenando.

Pero lo hacían sin armas reales, con espadas falsas y rifles cargados con perdigones de cera. Los Soldat Sol eran una clase diferente de peregrinos; habían acudido al culto de la Santa del Sol por la promesa del cambio, y muchos de ellos eran jóvenes y tenían sentimientos encontrados acerca del Apparat y los antiguos métodos

de la iglesia. Desde mi llegada a la Catedral Blanca, el Apparat los había mantenido bajo control aún más. Los necesitaba, pero no confiaba en ellos por completo. Yo conocía la sensación.

Los guardias del sacerdote permanecían junto a las paredes, vigilando muy de cerca todo lo que sucedía. Sus balas eran reales, y también las hojas de sus sables.

Mientras entrábamos en la zona de entrenamiento, vi que se había reunido un grupo para ver a Mal luchando con Stigg, uno de nuestros dos Inferni que habían sobrevivido. Tenía el cuello grueso, era rubio y carente por completo de humor: fjerdano hasta la médula.

Mal esquivó un arco de fuego, pero el segundo estallido de llamas le prendió la camiseta, y los espectadores jadearon. Pensé que Mal iba a retirarse, pero en lugar de eso se lanzó hacia Stigg. Se tiró al suelo, rodó para sofocar las llamas y golpeó los pies de su contrincante desde abajo. En un momento tuvo al Inferni sujeto boca abajo, y le agarró las muñecas para prevenir otro ataque.

Los soldados del sol que observaban rompieron a aplaudir y silbar en señal de apreciación.

Zoya se pasó el lustroso cabello negro por encima del hombro.

—Bien hecho, Stigg. Estás atado y listo para cocinar.

Mal la silenció con una mirada.

—Distraer, desarmar, inhabilitar —dijo—. El truco es no ceder al pánico. —Se puso en pie y ayudó a Stigg a levantarse—. ¿Estás bien?

Stigg frunció el ceño, enfadado, pero asintió con la cabeza y se alejó para luchar con un soldado joven muy guapa.

—Venga, Stigg —dijo la chica con una ancha sonrisa—. No voy a ser muy dura contigo.

El rostro de la chica me resultaba familiar, pero tardé un buen rato en situarla: era Ruby. Mal y yo habíamos entrenado con ella en Poliznaya. Había formado parte de nuestro regimiento, y la recordaba risueña y alegre, la clase de chica feliz y coqueta que me hacía sentir incómoda e inútil en mi propia piel. Seguía teniendo la misma sonrisa fácil, la misma larga trenza rubia, pero incluso a pesar de la distancia, distinguí su expresión vigilante, la clase de cautela que venía con la guerra. Tenía un sol negro tatuado en el lado derecho de la cara, y me resultaba extraño pensar que una chica que una vez se había sentado frente a mí en el comedor ahora pensaba que yo era una Santa.

Era poco habitual que el Apparat y sus guardias me condujeran de ese modo hasta los archivos. ¿Qué había cambiado aquel día? ¿Me había llevado hasta allí para que pudiera ver los restos de mi ejército y recordara el precio de mis errores? ¿Para mostrarme los pocos aliados que me quedaban?

Observé a Mal mientras emparejaba soldados del sol con Grisha. Ahí estaban los Vendavales: Zoya, Nadia y su hermano Adrik. Junto a Stigg y Harshaw, eran los únicos Etherealki que me quedaban. Sin embargo, Harshaw no se encontraba por ninguna parte. Lo más probable era que hubiera vuelto a la cama después de invocar las llamas para mí durante las plegarias matinales.

En cuanto a los Corporalki, los únicos Mortificadores en la sala de entrenamiento eran Tamar y su enorme mellizo, Tolya. Les debía la vida, pero aquella deuda no me hacía mucha gracia. Eran cercanos al Apparat, tenían a su cargo la instrucción de los Soldat Sol, y me habían mentido durante meses en el Pequeño Palacio. No sabía muy bien qué pensar de ellos: la confianza era un lujo que no podía permitirme desperdiciar.

Los soldados restantes tendrían que esperar su turno para luchar, pues había demasiado pocos Grisha. Genya y David permanecían apartados, aunque de todos modos no servían demasiado para el combate. Maxim era un Sanador, y prefería practicar su arte en la enfermería, aunque eran pocos los feligreses del Apparat que confiaban en los Grisha lo suficiente como para emplear sus servicios. Sergei era un poderoso Mortificador, pero me habían dicho que era demasiado inestable como para que fuera seguro tenerlo cerca de los estudiantes. Había estado en lo más encarnizado de la batalla cuando el

Oscuro lanzó su ataque sorpresa, y había visto a la chica que amaba desgarrada por sus monstruos. Habíamos perdido al otro Mortificador que teníamos a causa de los *nichevo'ya* en algún lugar entre el Pequeño Palacio y la capilla.

Por tu culpa, dijo una voz en mi cabeza. Les has fallado.

La voz del Apparat me sacó de mis sombríos pensamientos.

—El chico se está excediendo.

Seguí su mirada hasta donde Mal se encontraba moviéndose entre los soldados, hablando con uno o corrigiendo a otro.

—Los está ayudando a entrenar —señalé.

—Está dando órdenes. Oretsev —llamó el sacerdote para que se acercara. Me tensé mientras observaba a Mal aproximándose. Apenas lo había visto desde que le habían prohibido la entrada a mi cámara. Aparte de mis interacciones cuidadosamente racionadas con Genya, el Apparat me mantenía aislada de aliados potenciales.

Mal parecía diferente. Llevaba la áspera ropa de campesino que le había servido de uniforme en el Pequeño Palacio, pero estaba más delgado y pálido a causa del tiempo que había pasado bajo tierra. La estrecha cicatriz de su mandíbula destacaba claramente.

Se detuvo ante nosotros e hizo una reverencia. Era lo más cerca que se nos había permitido estar desde hacía meses.

—No eres el capitán aquí —dijo el Apparat—. Tolya y Tamar te superan en rango.

Mal asintió con la cabeza.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué estás dirigiendo los ejercicios?

—Yo no estaba dirigiendo nada —replicó Mal—. Tengo algo que enseñar, y ellos tienen algo que aprender.

Muy cierto, pensé amargamente. Mal se había vuelto muy bueno combatiendo contra los Grisha. Lo recordaba amoratado y sangrando frente a un Vendaval, en los establos del Pequeño Palacio, con una mirada de desafío y desdén en los ojos. Otro recuerdo que no me importaría perder.

—¿Por qué no han marcado a esos reclutas? —preguntó el Apparat, haciendo un gesto en dirección a un grupo que luchaba con espadas de madera cerca de la pared más lejana. Ninguno de ellos podía tener más de doce años.

—Porque son niños —señaló Mal con voz gélida.

—Es su elección. ¿Les negarías la oportunidad de demostrar lealtad a nuestra casa?

—Les negaría el arrepentimiento.

—Nadie tiene ese poder.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Mal.

—Si perdemos, esos tatuajes los marcarán como soldados del sol. Eso sería prácticamente como si firmarían para ponerse frente al pelotón de fusilamiento.

—¿Es por eso por lo que tú no llevas ninguna marca? ¿Porque tienes muy poca fe en nuestra victoria?

Mal me echó un vistazo, y después volvió a mirar al Apparat.

—Me reservo mi fe para los Santos —dijo firmemente—. No para los hombres que envían niños a morir.

El sacerdote entrecerró los ojos.

—Mal tiene razón —intervine—. Deja que permanezcan sin marcas. —El Apparat me escudriñó con su plana mirada negra—. Por favor —añadí—. Como gesto hacia mí.

Sabía lo mucho que le gustaba aquella voz, una voz gentil y cálida, como de nana.

—Qué corazón tan tierno —dijo, e hizo un chasquido con la lengua. Sin embargo, me daba cuenta de que se sentía complacido. Aunque había hablado en contra de sus deseos, esa era la Santa que quería que fuera, una madre cariñosa, que reconfortara a su gente. Me clavé las uñas en la palma.

—Esa es Ruby, ¿verdad? —pregunté, deseosa de cambiar el tema de conversación y distraer la atención del Apparat.

—Llegó hace unas cuantas semanas —explicó Mal—. Es buena... Viene de la infantería.

Sentí una pequeña punzada de envidia en contra de mi voluntad.

—Stigg no parece muy contento —dije, inclinando la cabeza hacia el lugar donde el Inferni parecía estar desquitándose con Ruby por haber perdido. La chica estaba haciéndole frente lo mejor que podía, pero estaba claro que él la superaba.

—No le gusta que lo machaquen.

—Tú lo has hecho sin despeinarte.

—Sí —asintió—. Es un problema.

—¿Y eso por qué? —preguntó el Apparat.

Los ojos de Mal fueron hacia mí rápidamente durante un breve segundo.

—Se aprende más perdiendo. —Se encogió de hombros—. Al menos Tolya sigue por aquí para patearme el culo.

—Vigila tu lengua —le espetó el Apparat.

Mal lo ignoró y, de pronto, se puso dos dedos en los labios y emitió un fuerte silbido.

—¡Ruby, estás bajando la guardia!

Demasiado tarde. Su trenza comenzó a arder, y otro joven soldado corrió hasta ella con un cubo de agua y se lo tiró sobre la cabeza.

Hice una mueca.

—Intenta que no acaben demasiado crujientes.

Mal hizo una reverencia.

—*Moi soverenyi* —dijo, y se alejó corriendo hacia las tropas.

Ese título. Lo decía sin el rencor que parecía haber sentido en Os Alta, pero todavía me sentaba como un puñetazo en el estómago.

—No debería dirigirse a vos de ese modo —se quejó el Apparat.

—¿Por qué no?

—Era el título del Oscuro, y no es apropiado para una Santa.

—Entonces, ¿cómo debería llamarme?

—No debería dirigirse a vos directamente en absoluto.

Suspiré.

—La próxima vez que tenga que decirme algo, le pediré que me lo escriba en una carta.

El Apparat frunció los labios.

—Estáis inquieta hoy. Creo que una hora extra en la soledad de los archivos os vendrá bien.

Hablaba con tono de reprimenda, como si yo fuera una niña malcriada que se hubiera quedado levantada después de la hora de acostarse. Me obligué a pensar en la promesa del Hervidor y forcé una sonrisa.

—Seguro que tienes razón.

Distraer, desarmar, inhabilitar.

Mientras bajábamos por el pasadizo que conducía a los archivos, miré por encima del hombro. Zoya había tumbado boca arriba a un soldado y estaba trazando círculos perezosos en el aire, haciéndolo girar como una tortuga. Ruby estaba hablando con Mal, con una ancha sonrisa y una expresión de avidez. Pero Mal me estaba observando a mí. En la luz fantasmal de la caverna sus ojos eran de un azul profundo y firme, el color del centro de una llama.

Alejé la mirada y seguí al Apparat, apresurando mis pasos mientras trataba de controlar los jadeos al respirar. Pensé en la sonrisa de Ruby, en su trenza chamuscada. Era una buena chica, una chica normal. Eso era lo que Mal necesitaba. Si todavía no se había fijado en otra, acabaría haciéndolo, y algún día yo sería lo suficientemente buena persona como para desearle lo mejor con ella. Pero aquel no era ese día.

Nos encontramos con David de camino a los archivos. Como era habitual, estaba hecho un desastre, con el pelo revuelto en todas direcciones y las mangas manchadas de tinta. Tenía una taza de té caliente en una mano y un trozo de tostada metido en el bolsillo.

Sus ojos fueron del Apparat a sus guardias.

—¿Más bálsamo? —preguntó.

El Apparat apretó un poco los labios al oír esto. El bálsamo era el brebaje que David hacía para Genya. Unido a los esfuerzos que hacía ella misma, había ayudado a que la peor parte de sus cicatrices se desvaneciera, pero las heridas de los *nichevo* ya jamás sanaban completamente.

—Sankta Alina ha venido a pasar la mañana estudiando —declaró el Apparat con gran solemnidad.

David hizo un gesto que recordaba vagamente a un encogimiento de hombros mientras se agachaba para pasar por la puerta.

—Pero, ¿irás más tarde al Hervidor?

—Unos guardias os escoltarán hasta allí dentro de dos horas —dijo el Apparat—. Genya Safin estará esperando. —Sus ojos examinaron mi rostro demacrado—. Aseguraos de que preste más atención a su trabajo.

Hizo una profunda reverencia y se desvaneció por el túnel. Miré a mi alrededor en la habitación y solté un largo suspiro, abatida. Los archivos deberían haber sido la clase de lugar que me encantaba, llenos del olor de la tinta sobre el papel y el suave crujido de las plumas. Pero aquella era la guarida de los guardias del sacerdote, un laberinto tenuemente iluminado de arcos y columnas talladas en la roca blanca. Lo más cerca que había estado de ver a David perdiendo los nervios fue la primera vez que puso los ojos en aquellos pequeños

nichos abovedados. Algunos de ellos habían cedido, y todos estaban repletos de antiguos libros y manuscritos con las páginas negras a causa de la podredumbre y los lomos hinchados por la humedad. Las cuevas estaban lo bastante húmedas como para que unos charquitos se hubieran filtrado por el suelo.

—No puedes... No puedes haber guardado aquí los cuadernos de Morozova —había dicho, prácticamente chillando—. ¡Es un pantano!

Ahora, David pasaba los días y la mayoría de sus noches en los archivos, leyendo cuidadosamente los escritos de Morozova, anotando teorías y bocetos en su propio cuaderno. Como muchos otros Grisha, antes creía que los cuadernos de Morozova habían sido destruidos tras la creación de la Sombra, pero el Oscuro jamás se hubiera deshecho de un conocimiento semejante. Había ocultado los cuadernos y, aunque yo no había sido capaz de obtener una respuesta directa del Apparat, sospechaba que el sacerdote los había descubierto de algún modo en el Pequeño Palacio y los había robado cuando el Oscuro se vio obligado a huir de Ravka.

Me desplomé sobre un taburete, enfrente de David. Había arrastrado una silla y una mesa hasta la cueva más seca, y había llenado uno de los estantes con aceite extra para sus lámparas, y con las hierbas y ungüentos que utilizaba para hacer el bálsamo de Genya. Normalmente se

encorbaba sobre una fórmula o alguno de sus cachivaches y no levantaba la mirada en varias horas, pero aquel día no parecía ser capaz de quedarse quieto. No dejaba de trastear con las tintas y jugar con nerviosamente con el reloj de bolsillo que había puesto sobre la mesa.

Hojeé con desgana uno de los cuadernos de Morozova. Había llegado a detestar el mirarlos: eran inútiles, confusos y, más importante todavía, *incompletos*. Describía sus hipótesis acerca de los amplificadores, su búsqueda del ciervo, su viaje de dos años a bordo de un ballenero siguiéndole la pista al azote marino, sus teorías sobre el pájaro de fuego, y después... nada. O bien faltaban algunos cuadernos, o Morozova había dejado su trabajo incompleto.

La perspectiva de encontrar y utilizar al pájaro de fuego ya era lo bastante desalentadora. Pero la idea de que tal vez no existiera, de que tal vez tuviera que enfrentarme otra vez al Oscuro sin él, era demasiado terrible como para sopesarla, así que simplemente la aparté a un lado.

Me obligué a pasar las páginas. La única forma que tenía de controlar el tiempo era el reloj de David. No sabía dónde lo había encontrado, cómo había conseguido que funcionara ni si la hora que marcaba tenía alguna relación con el tiempo en la superficie, pero lo fulminé con la mirada y deseé que el minuterero se moviera más deprisa.

Los guardias del sacerdote iban y venían, siempre vigilando o inclinados sobre sus textos. Se suponía que tenían que ilustrar manuscritos y estudiar las palabras santas, pero dudaba que su trabajo consistiera solo en eso. La red de espías del Apparat se extendía por toda Ravka, y aquellos hombres consideraban que su oficio era mantenerla, descifrar mensajes, reunir información y construir el culto a una nueva Santa. Era difícil no compararlos con mis Soldat Sol, la mayoría jóvenes y analfabetos, ajenos a los antiguos misterios que aquellos hombres protegían.

Cuando no pude soportar durante más tiempo las divagaciones de Morozova, me moví en mi asiento, tratando de aliviar un tirón en la espalda. Después abrí una vieja colección que se componía principalmente de debates sobre la oración, pero que resultó contener también una versión del martirio de Sankt Ilya.

En aquella ocasión, Ilya era un constructor, y el vecino había quedado aplastado bajo un caballo. Aquello era nuevo: normalmente, el niño acababa atravesado por la cuchilla de un arado. Pero la historia terminaba como todas las demás: Ilya hizo regresar al niño desde el umbral de la muerte y, como agradecimiento, los aldeanos lo lanzaron al río atado con cadenas de hierro. Algunas historias aseguraban que jamás se hundió, sino que llegó flotando hasta el mar. Otras juraban que su cuerpo había

emergido días más tarde en un banco de arena a kilómetros de distancia, perfectamente conservado y oliendo a rosas. Las conocía todas, y ninguna de ellas decía una palabra acerca del pájaro de fuego, ni indicaba que Dva Stolba fuera el lugar correcto para comenzar a buscarlo.

Todas nuestras esperanzas de encontrar al pájaro de fuego residían en una antigua ilustración: Sankt Ilya encadenado, rodeado por el ciervo, el azote marino y el pájaro de fuego. Se veían montañas tras él, y también una carretera y un arco. Este último había quedado derruido hacía mucho, pero yo pensaba que sus ruinas se encontraban en Dva Stolba, no muy lejos del asentamiento donde Mal y yo habíamos nacido. Al menos, eso es lo que creía los días buenos. Aquel día, no estaba tan segura de que Ilya Morozova y Sankt Ilya fueran el mismo hombre. Ya no era capaz de mirar siquiera los ejemplares del *Istorii Sankt'ya*. Formaban una pila mohosa en una esquina olvidada, y no parecían tanto los augurios de un gran destino como libros infantiles pasados de moda.

David tomó el reloj, lo depositó sobre la mesa, volvió a cogerlo y derribó una botella de tinta, que se apresuró a recoger con dedos temblorosos.

—¿Qué te pasa hoy? —pregunté.

—Nada —respondió él bruscamente.

Pestañee mientras lo miraba.

—Te sangra el labio —señalé. Él se pasó la mano por encima, y la sangre volvió a aparecer. Debía de haberse mordido el labio. Con fuerza—. David...

Golpeó el escritorio con los nudillos, y estuve a punto de dar un salto. Tenía dos guardias detrás de mí, tan puntuales y espeluznantes como siempre.

—Toma —dijo David, y me tendió un bote pequeño. Antes de que pudiera cogerlo, un guardia se me adelantó.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté enfadada. Pero ya lo sabía: nada de otros Grisha llegaba hasta mí sin que lo examinaran cuidadosamente. Pensando en mi seguridad, por supuesto.

El guardia del sacerdote me ignoró. Pasó los dedos por la parte superior e inferior del bote, lo abrió, olió el contenido, investigó la tapa, y después lo cerró y me lo entregó sin decir palabra. Lo cogí de su mano.

—Gracias —dije con aspereza—. Y gracias a ti también, David.

Él ya estaba encorvado sobre su cuaderno, al parecer perdido en lo que fuera que estuviera leyendo, pero agarraba la pluma con tanta fuerza que pensé que la iba a partir.

Genya me estaba esperando en el Hervidor, la enorme caverna de una redondez casi perfecta donde se

preparaba la comida de todos los habitantes de la Catedral Blanca. Sus paredes curvadas estaban llenas de fogones de piedra, primitivos recordatorios del pasado de Ravka de los que al personal de la cocina le gustaba quejarse, pues no resultaban tan prácticos como los fogones y los hornos de cerámica de la superficie. Había enormes asadores para las presas grandes, pero los cocineros rara vez tenían acceso a la carne fresca. Así que en su lugar servían cerdo salado, guisos de raíces y un extraño pan hecho de una harina tosca que tenía un ligero sabor a cerezas.

Los cocineros casi se habían acostumbrado a Genya, o al menos ya no hacían muecas y comenzaban a rezar cada vez que la veían. La encontré calentándose junto a un fogón en la pared más alejada del Hervidor. Aquel se había convertido en nuestro lugar, y los cocineros dejaban allí una pequeña cacerola de crema o sopa para nosotras cada día. Mientras me acercaba a ella con mi escolta armada, Genya dejó que su chal cayera, y los guardias que me acompañaban se detuvieron en seco. Puso en blanco el ojo que le quedaba y emitió un siseo como el de un gato. Ellos se apartaron y se quedaron junto a la entrada.

—¿Me he pasado? —preguntó.

—No demasiado —respondí, maravillándome por cuánto había cambiado. Que pudiera reírse al ver cómo aquellos zoquetes reaccionaban ante ella, era muy buena señal. Aunque el bálsamo que David había creado para

ella había ayudado, estaba segura de que la mayor parte del mérito le correspondía a Tamar.

Después de llegar a la Catedral Blanca, Genya se había negado a salir de sus cámaras en varias semanas. Simplemente se quedaba ahí en la oscuridad, sin ganas de moverse. Bajo la supervisión de los guardias yo había hablado con ella, había tratado de persuadirla, había intentado que se riera, pero nada había funcionado. Al final, había sido Tamar quien la había convencido para que saliera, exigiendo que al menos aprendiera a defenderse.

—¿Y a ti qué te importa? —había murmurado Genya, subiéndose las mantas.

—No me importa. Pero si no puedes luchar, eres un lastre.

—No me importa lo que me pase.

—Pero a mí sí —había protestado yo.

—Alina tiene que ocuparse de sí misma —dijo Tamar—. No puede andar cuidándote.

—Yo no le he pedido que lo haga.

—¿No sería estupendo si solo recibiéramos lo que pedimos? —replicó Tamar. Después la pinchó, la pellizó y básicamente la acosó, hasta que al final Genya apartó las mantas y aceptó tomar una única lección de combate; en privado, lejos de los otros, con los guardias del sacerdote como única audiencia.

—Me la voy a cargar —me había dicho con un gruñido. Mi escepticismo debió de resultar evidente, porque sopló para apartarse un rizo rojo de la frente llena de cicatrices y dijo—: Vale, pues entonces esperaré a que se duerma y le pondré nariz de cerdo.

Pero había asistido a esa lección y a la siguiente y, por lo que yo sabía, Tamar no se había despertado con una nariz de cerdo ni con los ojos sellados.

Genya continuó manteniendo la cara cubierta y pasaba la mayor parte del tiempo en su cámara, pero ya no se encorbaba, ni se alejaba de la otra gente en los túneles. Se había hecho un parche de seda negra para el ojo a partir del forro de un abrigo viejo, y el rojo de su pelo era claramente más intenso. Si Genya estaba utilizando su poder para alterar su color de pelo, entonces tal vez parte de su vanidad había regresado, y eso implicaba cierta mejoría.

—Vamos a comenzar —dijo.

Genya dio la espalda a la habitación para ponerse de cara al fuego, y después se apartó el chal por encima de la cabeza, manteniendo los lados llenos de flecos extendidos para crear una pantalla que nos ocultara de ojos entrometidos. La primera vez que lo habíamos intentado, los guardias se habían echado encima de nosotras en cuestión de segundos, pero en cuanto me vieron aplicar el bálsamo en las cicatrices de Genya mantuvieron las

distancias. Consideraban que las heridas que tenía a causa de los *nichevo* 'ya del Oscuro eran alguna clase de castigo divino, aunque no se me ocurría cuál podía ser el motivo. Si el crimen de Genya era haber apoyado al Oscuro, entonces casi todos nosotros habíamos sido culpables en algún momento u otro. Y, ¿qué dirían de las marcas de mordiscos en mi hombro? ¿O de que pudiera hacer que las sombras se movieran?

Saqué el bote de mi bolsillo y comencé a aplicar el bálsamo en las heridas. Tenía un intenso aroma verde que hacía que me lagrimearan los ojos.

—Nunca me había dado cuenta de lo insoportable que es estar sentada e inmóvil durante tanto tiempo —se quejó.

—No estás inmóvil. Te estás retorciendo.

—Es que pica.

—¿Y si te doy un golpe? ¿Te distraerá eso del picor?

—Tú solo avísame cuando acabes, chica mala.

—Estaba observando mis manos de cerca—. ¿No ha habido suerte hoy? —susurró.

—De momento, no. Solo hay dos fogones encendidos, y las llamas están bajas. —Me limpié la mano en un paño de cocina mugriento—. Ya está —dije—. Hecho.

—Tu turno —dijo—. Estás...

—Horrible. Ya lo sé.

—Es un término relativo.

La tristeza de su voz resultaba inconfundible, y me entraron ganas de pegarme una patada. Le toqué la mejilla con la mano. La piel entre las cicatrices era suave y blanca como las paredes de alabastro.

—Soy imbécil.

La comisura de sus labios subió un poco, formando lo que casi era una sonrisa torcida.

—A veces —dijo—. Pero soy yo quien ha sacado el tema. Ahora, cállate y déjame trabajar.

—Solo lo suficiente como para que el Apparat nos siga permitiendo venir hasta aquí. No quiero darle a una Santa hermosa que pueda exhibir.

Ella suspiró de forma teatral.

—Eso es una violación de mis creencias más arraigadas, y vas a tener que compensármelo más adelante.

—¿Cómo?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Creo que deberías dejar que te haga pelirroja.

Puse los ojos en blanco.

—No en esta vida, Genya.

Mientras ella comenzaba con el lento trabajo de al-
terar mi rostro, yo jugueteé con el bote entre los dedos. Traté de volver a ponerle la tapa, pero una parte se había soltado bajo el bálsamo. Lo levanté con las puntas de las uñas: era un delgado disco de papel. Genya lo vio al mismo tiempo que yo.

Escrita en la parte trasera, con los garabatos casi ilegibles de David, había una única palabra: *hoy*.

Genya me lo arrebató de entre los dedos.

—Por todos los Santos. Alina...

Entonces oímos a lo lejos las fuertes pisadas de unos pies con botas muy pesadas, y un altercado en el exterior. Una olla cayó al suelo con un fuerte ruido metálico, y una de las cocineras soltó un chillido cuando los guardias del sacerdote invadieron la habitación con los rifles en alto. Sus ojos parecían arder con fuego sagrado.

El Apparat entró tras ellos en un remolino de su túnica marrón.

—Despejad la habitación —bramó.

Genya y yo nos pusimos en pie de golpe mientras los guardias arrastraban bruscamente a los cocineros fuera de la cocina, en un caos de protestas y exclamaciones de miedo.

—¿Qué es todo esto? —exigí saber.

—Alina Starkov —dijo el Apparat—. Estáis en peligro.

El corazón me latía con fuerza, pero mantuve la voz calmada.

—¿En peligro de qué? —pregunté, echando un vistazo a las ollas que hervían en los fogones—. ¿De almorzar?

—Conspiración —proclamó, señalando a Genya—. Aquellos que aseguran tener vuestra amistad están tratando de destruirlos.

Más secuaces barbudos del Apparat entraron por la puerta que había tras él. Cuando abrieron filas, vi a David, asustado y con los ojos muy abiertos.

Genya jadeó y yo le puse una mano sobre el brazo para impedir que se lanzara hacia delante.

Nadia y Zoya fueron las siguientes, las dos con las muñecas atadas para impedir que invocaran. Había un hilo de sangre que salía de la comisura de la boca de Nadia, y su piel estaba pálida debajo de las pecas. Mal se encontraba con ellas, con la cara llena de sangre. Se estaba apretando un costado como si estuviera sujetándose una costilla rota, y tenía los hombros encorvados por el dolor. Pero lo peor era ver a los guardias que lo flanqueaban: Tolya y Tamar. Tamar había sacado las hachas y, de hecho, ambos estaban tan fuertemente armados como los guardias del sacerdote. Estaban esquivando mi mirada.

—Cerrad las puertas —ordenó el Apparat—. Nos ocuparemos en privado de este lamentable asunto.